

STAR WARS™

GALAXY'S EDGE



BLACK SPIRE

DELILAH S. DAWSON

Tras varias devastadoras pérdidas frente a la Primera Orden, la General Leia Organa envía a sus agentes a través de la galaxia en busca de aliados, asilo y armamento. Su mejor espía, Vi Moradi, quizá haya encontrado los tres en un planeta escondido en los confines de la galaxia.

Batuu se ubica en el extremo más alejado del mapa galáctico, el último mundo establecido antes del misterioso y vasto Espacio Salvaje, lleno de bosques exuberantes, peligrosas montañas e imponentes árboles petrificados. Aquí, estafadores, contrabandistas y aventureros subsisten en el asentamiento más grande del planeta, el puesto de avanzada de Black Spire, donde viven para evitar complicaciones innecesarias y miradas indiscretas. Vi, una espía de la Resistencia que huye de la Primera Orden, no es bienvenida. Cuando una nave aterriza ahí, rastreando sus pasos y cargada de stormtroopers determinados a acabar con ella, no sabe dónde buscar ayuda.

Para sobrevivir, Vi deberá encontrar héroes de buen corazón en un mundo que redefine las palabras escoria y maldad. Con la ayuda de un excapitán de la Primera Orden y su implacable droide, reúne a un extravagante grupo de marginados e inadaptados, quienes se aventuran en una misión que encenderá el fuego de la Resistencia en Batuu, antes de que la Primera Orden la apague por completo.

Para Rhys, quien nombró a Waba, y para Rex,
quien inventó a los starmarks.

Me complace que *Star Wars* sea parte de
ustedes, y que ahora ustedes sean, de manera
oficial, parte de *Star Wars*.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

*En los confines de la galaxia,
muy lejos,
negra era la aguja
que me invitaba a quedarme.
Un faro para los vagabundos,
los olvidados y los perdidos,
las agujas convocaban
a los destrozados y a los rechazados.
Vengan a quedarse aquí
o cuando solo estén de paso.
El espíritu de Black Spire
los cambiará para siempre.*

Antigua balada batuuana

Capítulo uno

BASE OCULTA DE LA RESISTENCIA, D'QAR

LA VIDA DE UN ESPÍA DE la Resistencia era muy emocionante, o al menos esa fue la razón por la que Vi Moradi se enlistó. Por eso y por la oportunidad de hacer el bien y pelear contra la tiranía. Mientras esperaba fuera de la oficina de la General Leia Organa, estaba ansiosa por saber cuál sería su siguiente misión. Comenzaba a sentir esa vieja inquietud y necesitaba hacer algo, algo real. Por órdenes de la Mayor Kalonia, pasó las últimas semanas recuperándose de su misión anterior, y se moría de ganas por entrar en acción, por dejar de hacer reportes para los pilotos y de recopilar información de sus droides sobre el armamento y las proezas de combate del enemigo. Sabían que la Primera Orden estaba ahí afuera y que al parecer era invencible. ¿Acaso necesitaban seguir corroborando esa situación con cifras? A Vi le gustaba el peligro, pero no necesariamente quería saber qué probabilidades tenía de sucumbir ante él.

—Entra, Urraca.

Vi sonrió al escuchar el alias con el que Leia siempre la llamaba; entró a la improvisada oficina y se sentó en una vieja caja roja.

—Es bueno verla, general.

Cada vez que estaba frente a la General Organa, otrora Princesa Leia Organa de Alderaan, se sentía como si estuviera en casa. Su presencia era tranquila y equilibrada, maternal pero tan dura como una roca; sin importar qué tan difíciles se pusieran las cosas, esa veterana valoraba a los miembros de la Resistencia como si cada uno fuera el héroe que podía hacer que la suerte se volviera contra el enemi-

go, la temible Primera Orden, que había surgido de las cenizas del Imperio. Leia le devolvió la sonrisa, sus ojos centelleaban.

—Tengo una misión para ti —anunció, dirigiendo su atención a varios holos y a Vi de manera alternada.

Como era habitual, su boca dibujó una línea adusta, lo que le indicó a Vi que quizá no le encantaría su misión. Estaba bien, la anterior tampoco le había gustado mucho. No se trataba de que le gustaran.

—Como sabes, nos superan en armamento por mucho. No sabemos lo que la Primera Orden está planeando, pero es grande. Algún tipo de ataque. Saldré de inmediato a Takodana para recoger información muy valiosa, así que quería hablar contigo en persona y subrayar la importancia de tu misión.

—Si me mandó llamar solo para decirme que es importante, quizá no lo sea tanto. Estoy lista para trabajar, general. La Mayor Kalonia lo autorizó. Ya estoy en forma.

La mirada de Leia era decidida.

—No te culparía si desaparecieras después de lo que te pasó en el *Absolution*. El enemigo te capturó, Vi. Te torturaron con descargas eléctricas, te golpearon, te lastimaron. Leí tu historial médico y tus reportes. Réstale importancia si quieres, pero una experiencia como esa cambia a la gente. Lo sé.

Vi sacudió la cabeza.

—Pero sigo siendo yo. Así que mándeme al destructor estelar y deje que...

—No —la interrumpió Leia, casi con pesar, y Vi cerró la boca enseguida—. Esta misión puede parecer como ir de vacaciones, pero te aseguro que su importancia estratégica es inmensa. Si estás lista.

Vi se movió sobre la caja, le dolía la espalda. Leia tenía razón: en su última misión le habían dado una golpiza y, aunque casi todas sus heridas habían sanado, su cuerpo ya no era joven. La había enviado a un planeta olvidado llama-

do Parnassos para recoger información sobre la Capitán Phasma, de la Primera Orden, algo que, en sí mismo, era un gran reto. Pero en el regreso a casa, otro oficial de la Primera Orden, el Capitán Cardinal, la había capturado.

En lugar de interrogarla por los canales oficiales o entregarla a Kylo Ren o al General Hux, Cardinal se la llevó en secreto a una habitación fría y húmeda en las profundidades de una nave y la torturó para sonsacarle la información que había obtenido sobre su rival en la Primera Orden, la Capitán Phasma. Al final, Vi pudo convencerlo de que la dejara ir y Cardinal salió a enfrentar a Phasma en combate. Vi se las arregló para salir de la nave enemiga y regresar a la flota. Durante las últimas semanas se había dedicado a procesar todo lo que le había sucedido y a sanar en cuerpo y alma. Sin embargo, a pesar de lo que les había asegurado a Kalonia y ahora a Leia, ¿en verdad estaba lista para regresar al trabajo?

Bueno, ¿alguna vez se estaba listo para dejar atrás un trauma?

Nunca la abandonaría, pero ya no podía seguir sin hacer nada por más tiempo. No estaba en su naturaleza.

—Estoy lista —afirmó, dotando a sus palabras de toda su fuerza de convicción.

—Bien. —Leia sonrió—. Si la Primera Orden tiene éxito en su ataque o si nos encuentran aquí, en D'Qar, sobre todo necesitamos dos cosas: aliados y escondites. Así que estoy buscando sugerencias sobre un lugar tan recóndito que la Primera Orden ni siquiera piense en él, un lugar donde podamos instalar el campamento y echar raíces. En específico, necesitamos un planeta deshabitado que tenga un puerto activo y recursos, que no sea grande y que la Primera Orden no pueda usar a su favor.

—Castilon ya no es seguro —pensó Vi en voz alta—. Ni Pantora. Ningún lugar en el Núcleo o el Borde Medio; tampoco los lugares donde ya hemos tenido una base. Sin duda, Parnassos no.

—Sin duda. Piensa, Urraca.

Vi arqueó una ceja; Leia no estaba de humor para ser paciente.

—¿Batuú, quizá? He escuchado hablar de él, pero nunca he estado ahí. Se ubica en la frontera del Espacio Salvaje. El asentamiento principal es el puesto de avanzada de Black Spire. Es hostil. Primitivo. Sórdido. Emocionante. Los contrabandistas lo consideran un buen lugar donde esconderse o abordar una nave que no se pueda rastrear.

La general asintió.

—Sabía que podía contar contigo. Batuú es perfecto. —Soltó una risita—. Han me contó sobre ese lugar.

Vi se inclinó hacia delante y le lanzó una mirada recelosa.

—Esta no puede ser la única razón por la que me mandó llamar, nada más para hacerme una pregunta. Ya tiene estrategias para eso.

—Pero no necesito estrategias. —Leia también se inclinó hacia delante—. Te necesito a *ti*, Urraca. Confío en ti. Necesito que vayas al puesto de avanzada de Black Spire, en el planeta Batuú, que establezcas ahí una avanzada para la Resistencia y reúnas tanto apoyo como sea posible entre los locales y los visitantes. Necesitamos sangre fresca. Necesitamos amigos. Necesitamos habilidades. Naves, comida y combustible. Ojos y oídos en el terreno. Un lugar al que podamos ir si todo se cae a pedazos, tan alejado del mapa que la Primera Orden haya olvidado su existencia. Para ellos, Batuú parecerá inútil a nivel estratégico. Pero para nosotros es otra chispa de esperanza. Necesito que cultives esa chispa, que alimentes el fuego.

Vi se echó hacia atrás y ladeó la cabeza.

—Entonces ¿por qué siento como si tratara de evitarme problemas? ¿Como si me protegiera? ¿Como si me consintiera? —Le sostuvo la mirada a Leia, cosa que nunca era fácil—. Úseme, general. Tengo habilidades que nadie más

tiene, soy su mejor espía. ¿Por qué me envía, literalmente, al fin del mundo?

—Porque quizás el fin del mundo es lo que nos salvará. No eres la única persona valiosa que hemos enviado a lugares desconocidos. —Leia la miró de manera elocuente y suspiró con cierta urgencia, como si ya la hubiera perdonado—. Esa es tu misión. Tómala o déjala. Me necesitan en Takodana de inmediato. La nave me está esperando y ya no tengo tiempo para convencerte. Lo maravilloso de la Resistencia es que siempre puedes apelar al libre albedrío. Espero que confíes en mí cuando te digo que tu misión en Batuu es parte de un plan mayor. ¿Confías en mí, Urraca?

La general arqueó las cejas, su cabello encanecido formaba una corona perfecta. Sí, Vi confiaba en ella. Y no se alejaría, aunque sabía que eso siempre era una opción.

—Confío en usted, general —dijo al fin.

Leia asintió.

—Bien. Puedes irte. Repórtate al hangar mañana temprano. La Teniente Connix te dará más detalles y una lista del cargamento. Se te asignará un droide para ayudarte con la carga pesada y la logística. Te proporcionaremos el equipo. Necesitamos que encuentres el lugar ideal, que te pongas en contacto con la población local, que reclutes a nuevas facciones que se unan a la causa y que establezcas comunicación para que hablemos sobre los pasos que vamos a seguir.

Vi se puso de pie.

—Haré mi máximo esfuerzo, general.

Le ofreció a Leia una sonrisa resignada. Sí, cumpliría con su deber. En este caso en particular, pensaba que no le gustaría, pero era una soldado y haría todo lo posible para resistir a la Primera Orden y mantener a la galaxia a salvo.

Cuando se dirigía a la puerta, la general dijo:

—Ey, ¿Urraca? Una cosa más.

Vi no pudo evitar reír entre dientes y volteó.

—Claro. Siempre hay algo más, ¿no es cierto?

Leia se puso de pie. Sería, majestuosa y convencida. Vi se preparó para lo que, con toda seguridad, serían noticias desagradables.

—Para esta misión, te voy a asignar a un compañero; de nuevo, tienes que confiar en mí.

Vi se recargó en la puerta y cruzó los brazos.

—Oh, oh. Eso no augura nada bueno. Sabe que prefiero trabajar sola. Y si se hubiera tratado de alguien que me agradara, habría empezado por ahí.

—Tan perspicaz como siempre. —Leia puso los ojos en blanco como sugiriendo que Vi la había atrapado—. Antes de dirigirte a Batuu, quiero que hagas una breve parada en Cerea para recoger a alguien. Archex.

—¿Quién es Archex?

La mirada de la general se ensombreció.

—El hombre que conociste como el Capitán Cardinal decidió recuperar el nombre que le dieron en su infancia —dijo con seriedad.

«Cardinal».

Archex era Cardinal.

Vi se paralizó al notar las imágenes que pasaban por su mente, todas desagradables. Cardinal sacándola de su nave, amarrándola, sentándola en una silla de interrogación que ni siquiera sabía usar. Su rostro, cuando ella pudo vencerlo de que se quitara ese yelmo rojo brillante. La certeza en sus ojos, la fe inquebrantable en su vocación. Cómo se le nublabla la vista cada vez que él utilizaba la silla para electrocutarla, empujándola cada vez más al borde de la desolación, hacia la traición a todo lo que ella defendía.

Claro, Vi había logrado que se volviera en contra de la Primera Orden, pero a duras penas.

Cardinal se enfrentó a su rival, Phasma, quien por poco lo mata. Después Vi hizo algo extraordinario, algo que ella misma seguía sin comprender del todo: lo salvó. Arrastró el cuerpo moribundo de Cardinal hasta el *Absolution*, robó la

nave y regresó enseguida a D'Qar junto con su enemigo y torturador a su lado.

Había visto algo en el Capitán Cardinal, algo que pensó imposible: un hombre bueno que creía en la Primera Orden con todo su corazón. Y utilizó esa bondad para transformarlo, si no en un guerrero de la Resistencia, al menos en alguien alejado de las mentiras de la Primera Orden.

No lo había visto desde que aterrizaron en D'Qar y lo llevaron de inmediato al ala médica.

No había querido verlo.

—Archex —susurró sin emoción, quedándose sin palabras.

El nombre le supo a sangre en la boca, a la quemadura metálica que permanecía después de los repetidos choques eléctricos de la silla de interrogación.

Leia continuó como si no hubiera advertido el malestar de Vi.

—Lo envié a Cerea para... bueno, llamémosle un retiro para desprogramarlo con amabilidad al tiempo que vigilábamos su recuperación. Está tan recuperado como podría estar, y ya lo dieron de alta para trabajar. Aunque todavía no se compromete por completo con la causa y tiene que portar un monitor, necesita tener algo que hacer. Ustedes dos se parecen más de lo que crees.

Vi lanzó una risa amarga.

—Apuesto a que sí.

—Mira, necesito que esté con alguien en quien podamos confiar, alguien en quien él confíe. Después de todo, tú fuiste la primera que me sugirió que quizá valía la pena salvarlo.

—Sí, así fue. Y empiezo a arrepentirme.

Vi seguía sin comprender lo que estaba escuchando; no entendía por qué Leia hacía esto.

—¿Me están castigando por algo? —preguntó con voz ronca.

Leia rodeó el escritorio con rapidez y la tomó por los hombros.

—No. Por supuesto que no. Estoy haciendo lo que siempre he hecho: emplear al mejor agente para el trabajo. Tienes don de mando, los pies sobre la tierra. Tú hiciste que Cardinal cambiara de bando, estableciste esa relación. Creo que puedes usar esa habilidad para ayudar a nuestra causa. Eres una espía excelente, Vi, pero también eres una líder y sé que tendrás éxito. Necesitamos lugares como el que vas a construir en Batuu, y necesitamos a Archex. Por difícil que sea escucharlo, creo que Archex te necesita.

«¿Y qué hay de mí?», quiso preguntar Vi. «¿Qué hay de lo que yo necesito?».

Lo que necesitaba era una misión que le devolviera esa chispa de emoción tan deseada, la excitación de infiltrarse, de obtener información, de frustrar los planes de los tipos malos y regresar como heroína. En su lugar, la enviaban a los confines de la nada con su enemigo, el hombre cuyo rostro la acosaba cuando se despertaba en la noche gritando y cubierta en sudor.

—¿Vi?

Leia seguía sujetándola por los hombros, preocupada. Vi se deshizo de sus recelos, exhaló y miró a la general a los ojos.

Podía hacerlo. *Lo haría*. Por Leia, por la Resistencia, haría cualquier cosa.

—Sí, general —respondió—. Haré mi mejor esfuerzo.

Por fin, Leia sonrió con esa expresión que le hacía sentir que todo era posible.

—Sé que lo harás —aseguró—. Esa es la razón por la que te elegí. Buena suerte en Batuu, Urraca. Y que la Fuerza te acompañe.

im.png

Capítulo dos

BASE OCULTA DE LA RESISTENCIA, D'QAR

A LA MAÑANA SIGUIENTE, ANTES DE ir al hangar, Vi fue al ala médica y preguntó por la Mayor Kalonia. Desde que regresó a D'Qar había visto a la doctora con frecuencia; sus heridas, internas y externas, habían sanado tanto como era posible. Sin embargo, la razón de esta visita era diferente.

—¿Tratando de huir de esta misión? —preguntó Kalonia, con su acostumbrada sonrisa irónica.

La humana, de mediana edad, tenía el cabello oscuro entreverado de gris y cortado al hombro con precisión; era conocida por sus aptitudes como médico y por la calidez con la que trataba a los pacientes.

—Como le dije a Leia, estás en perfectas condiciones para enfrentar tus habituales contratiempos.

—No me preocupo por mí —puntualizó Vi—. Es Archex. Entiendo que lo atendió cuando regresamos del *Absolution*, y que ha seguido su recuperación durante su estancia en Cerea, ¿cierto?

Kalonialadeó la cabeza.

—Hablar de la privacidad de mis pacientes se considera una infracción al protocolo.

Vi abrió la boca para interrumpirla, pero Kalonia la detuvo con un gesto de la mano.

—Leia y yo imaginamos que querrías respuestas. No te culpo: si vas a estar encerrada en una nave con él, y después sola en un planeta, lejos de todo apoyo, mereces saber con qué estás lidiando. Teniendo en cuenta que, técnicamente, es un prisionero político que no se ha integrado de manera formal a la Resistencia, consideramos que es ra-

zorable compartir cualquier información que sea relevante para su colaboración.

«Colaboración». Vi resopló.

—Esa no es la palabra que yo usaría.

Kalonia se encogió de hombros.

—Participación, entonces. Déjame mostrarte.

La doctora la llevó hasta un grupo de pantallas y sacó un holo. Era Cardinal, tal como Vi lo había visto la última vez: en su armadura rojo brillante y la capa negra de capitán. Bajo las luces brillantes, Kalonia, unos droides médicos y demás personal se afanaban a su alrededor. Estaba recostado en una camilla, sin casco, inconsciente. Una cantidad alarmante de sangre manchaba su armadura, en particular en las dos zonas en las que Phasma lo había acuchillado con una navaja envenenada que había llevado desde su planeta.

—Cuando lo trajiste estaba en muy malas condiciones. Había perdido mucha sangre. El arma con la que lo hirieron tenía un compuesto orgánico que no habíamos visto nunca; nos tomó mucho tiempo encontrar... bueno, no un antídoto. No pudimos eliminarlo, pero pudimos combatirlo. Sin embargo, tenía un pulmón perforado y la herida de la pierna era profunda y estaba infectada. Hicimos lo que pudimos, pero a pesar de toda nuestra tecnología, como sabes, la medicina sigue siendo una ciencia imperfecta y complicada.

Kalonia sacó un nuevo holo; esta vez era Cardinal sin armadura, vestido con la bata blanca del centro médico. Estaba sentado en la cama, conectado a varias máquinas a través de tubos. Se veía tan diferente sin su voluminoso blindaje, más pequeño y humano; Vi se dio cuenta de que aquel no era el Capitán Cardinal, sino el hombre que ahora respondía al nombre de Archex. Su cabello negro había crecido un poco, pero su rostro era el que ella recordaba: su piel dorada y amarillenta, pecosa por su infancia bajo el